

TRAGEDIA DE UN BEETHOVEN NEGRO (*)

P O R

Enrique Andreu

COMPILANDO material de investigación para hacer un estudio sobre algunos aspectos de la vida del negro en el sur de los Estados Unidos, como miembros que somos del Instituto Internacional de Estudios Afroamericanos, a fin de que ese material pudiera servirnos como elemento comparativo para combatir la discriminación racista, mi compañera Zoila Gálvez y yo encontramos los datos necesarios para una semblanza de la triste y doliente personalidad de Tom Bethune, esclavo ciego de nacimiento, conocido, no quiero aquí analizar si con razón o sin ella, por el sobrenombre de «El Beethoven negro», quien tuvo una vida tan extraordinaria que parece increíble, y que también fué víctima de la discriminación racista más brutal, a pesar de la invalidez que sufría, y tal vez por ello mismo.

La vida de Tom Bethune, «El Beethoven negro», puede compendiarse así. Allá por el año 1857, ocupaba su gran mansión de Georgia, en unión de su familia, el Coronel James Greene Bethune, blanco esclavista, dueño de una gran dotación de esclavos negros.

Una noche, mientras la familia dormía, se oyeron en toda la casa apasionados acordes musicales, que fueron formando en un explosivo crescendo una arrebatadora pieza musical improvisada, que un pianista desconocido estaba ejecutando. Luego, suaves y dulces notas, dieron al espacio una sentimental balada que tocaba a menudo la hija mayor del Coronel, pero que, según los testigos, estaba aún más exquisitamente expresada en la ejecución de aquel gran pianista desconocido.

El Coronel James Greene Bethune, al despertar y oír aquello, encendió una bujía y saltó de su cama hacia la escalera. Con la bujía en la mano fué al piso bajo, mientras su esposa e hijas en batas de dormir, avanzaban cautelosas detrás de él. Sentado al piano, medio desnudo, en el gran salón de actos, y tocando con la seguridad de un veterano, estaba un muchacho negro.

¡Dios nos asista! ¡Pero si es Tom el ciegucecito!, en una exclamación general, dijeron todos asombrados. Entonces, el muchachito, al darse cuenta de que había sido descubierto y sorprendido, presa de una intensa excitación nerviosa, reventó a reír, aplaudiéndose a sí mismo ruidosamente, dando con el pie en el suelo como un loco, mientras movía su cabeza de un lado a otro y hacía con la cara las muecas más fantásticas, para convertir en un pasaje

(*) Reproducimos en su parte sustancial el texto de una conferencia leída en el Club Atenas de La Habana por el investigador cubano Enrique Andreu. Su texto encierra valiosas apreciaciones sobre una singular personalidad de la música americana del Siglo XIX.

cómico lo que para él en aquellos momentos era un verdadero drama.

Ante tal acontecimiento insólito, los comentarios de toda la familia allí presente tomaban ya la proporción de un verdadero escándalo, con toda la casa encendida y en movimiento, mientras la servidumbre de esclavos negros, esperaba, silenciosamente, qué habría de ocurrir después de aquel atrevimiento del negrito en el piano.

Ese fué el comienzo de la fenomenal carrera artística de Tom Bethune, negro ciego americano que nació esclavo, que luego fué conocido en todas partes con el mote de *El Beethoven negro*, y quien, como todos los negros del Sur de los Estados Unidos en el año 1857, llevaba el apellido de su amo.

Para el Coronel Bethune, el descubrimiento del talento de Tom, el ciegucecito, fué de una suerte sin paralelo. Para el genial negrito esclavo, que entonces contaba menos de diez años de edad, dicho descubrimiento se convirtió en una fuente de lágrimas. La explotación económica más violenta y la discriminación racista más brutal, hicieron de su vida una sucesión de hechos trágicos numerosos.

Nacido cerca de Muscogee, Georgia, Tom era el hijo número veinte de una mujer esclava llamada Caridad, que pertenecía a un hacendado nombrado Wiley Jones.

El niño esclavo Tom nació ciego, y se decía que en muchas ocasiones presentaba síntomas de idiotez. Por este motivo, cuando el hacendado Wiley Jones vendió a la madre con algunos de sus hijos en una subasta pública en el mercado de esclavos de Columbia, Georgia, en 1850, al comprador, Coronel Bethune, dueño de una extensa plantación, le dió el niño ciego como regalo, o «de contra», según haría entre nosotros un comerciante espléndido al hacerle una buena venta a un buen comprador.

En poder del Coronel Bethune, al niño Tom no se le dió educación alguna. Y aún cuando invadió subrepticamente el salón de actos en aquella media noche memorable para dar aquel asombroso concierto, él nunca antes había estado más cerca del piano que para oírsele tocar a una hija del Coronel, estando apostado en el portal o desde la parte exterior de la mansión Bethune.

Investigaciones que se hicieron para conocer desde cuándo databa su afición por la música, dieron como resultado comprobar que desde hacía mucho tiempo a Tom se le notaba una extraña sensibilidad para los sonidos. Mientras andaba por la plantación con los hijos del Coronel, para quienes tenía la devoción y la fidelidad de un perro, a menudo imitaba el llanto de un niño, el canto de un pájaro cualquiera o el sonido del pájaro carpintero, o cantaba fragmentos de canciones que escuchaba en plantaciones distintas.

El descubrimiento del gran talento del esclavo para recordar los sonidos y su fantástica habilidad para reproducir en el piano toda composición musical que oía, fueron inmediatamente explota-

dos por el Coronel Bethune, pero al principio con poco interés, o con un interés muy relativo.

En los conciertos dados en casa del Coronel para sus amigos, el negrito esclavo tocaba no sólo todas las composiciones que él le había oído en el piano a la señorita de la casa, sino sus propias improvisaciones. Eran éstas improvisaciones algo así como llamadas de la Naturaleza con toda su intensidad telúrica, lamentos raciales unas veces, y otras obras suaves y cadenciosas como las aguas de un río dormido, o de ambiente campesino, de un intencionado sentido bucólico, improvisaciones que encantaban a todos aquéllos que las oían, aún a los que eran usualmente indiferentes a la música. Una publicación de aquella época, *All the year round*, en un reporte sobre el esclavo prodigio, dijo: «Se hace difícil creerlo, pero es profundamente cierto: este negrito es una verdadera maravilla».

Y entonces, dado el gran éxito obtenido, el Coronel Bethune pensó en explotar en toda forma a su esclavo. Alquiló salas de conciertos, vendió boletos y se convirtió en empresario y director de un espectáculo que hoy mismo habría sido algo muy interesante, pero que en aquella época de plena esclavitud del negro, era asombroso y nunca visto. Así, en pocos meses, exhibiendo a su negrito prodigio, el Coronel Bethune capitalizó más de cien mil dólares libres de todos los gastos realizados, cantidad que entonces era una considerable fortuna. El Coronel había encontrado, pues, con Tom el cieguito, una verdadera mina de oro humana.

El repertorio del esclavo negro Tom fué creciendo enormemente, según el tiempo pasaba y él iba haciendo más extensas sus jiras de conciertos. Hizo su repertorio oyendo tocar a músicos profesionales ocasionalmente o de manera expresa para él, cosa que hacían por curiosidad para luego comprobar que el cieguito esclavo negro, después de oír cada obra una sola vez, podía reproducirlas sin que les faltara ni una nota, avalorándolas todavía más con una admirable interpretación personal. Lo prodigioso de esto queda demostrado en la nota documental siguiente, que aparece en uno de sus programas: «Tom el ciego puede tocar únicamente lo que oye o lo que él improvisa. Hasta hace dos años dos mil obras que había escuchado las tenía en su repertorio. Pero ahora las ha desechado y tiene otro repertorio de unas cinco mil obras nuevas, dependientes única y exclusivamente de su memoria».

También el ciego Tom demostraba su fenomenal memoria, de «idiota», como decía el Coronel Bethune, según escribe un periodista de aquella época, oyendo un discurso de quince minutos, que él podía repetir palabra por palabra sin perder una sola sílaba, aun cuando no entendiera en general su contenido. Así podía igualmente cantar canciones en francés o alemán, con oírlas una o dos veces, repitiendo toda la letra, las notas, el estilo y la expresión.

Para presentarlo en forma teatral, el Coronel Bethune obligaba a su esclavo ciego a adoptar todos los estilos y maneras de un ser subnormal, de un infrahombre, o mejor dicho, de una especie de gorila domesticado que obedeciera coactivamente su mandato

imperativo. Nunca se le ocurrió presentarlo como un ser normal que realizaba una función digna de admirarse por lo meritoria. Todo lo contrario. Rebajaba su condición digna, de cabal ser humano, hasta lo infinito, presentándolo más bien como un fenómeno patológico, extorsionando su decoro personal y su condición de hombre, para que así le produjera un mayor rendimiento, explotando de paso, por sugestión, la vanidad, la ignorancia, la brutalidad y las bajas pasiones del público racista, que asistía asombrado a aquellas demostraciones en que un esclavo negro y ciego podía hacer con facilidad lo que a tantos blancos de mentes lúcidas les era imposible. Por eso, no era extraño que en muchas ocasiones, antes de comenzar el espectáculo, el Coronel Bethune se dirigiera al auditorio diciendo en el momento de salir para actuar su esclavo: «Señoras y señores: este muchacho prodigio, de mente débil, es un salvaje que esta noche especialmente se encuentra de muy mal humor, y he tenido que poner en peligro mi vida para que cumpla su deber presentándose ante ustedes». Así resultaba más impresionante la magnífica *récita* que oía momentos después aquel público boquiabierto.

Un cuadro de lo que era la vida y las actuaciones del esclavo que explotaba con saña y provecho el Coronel Bethune, nos lo da a conocer un periodista de Baltimore, en una crónica, cuando nos dice: «Tom el ciego, se sentó al fin como a media yarda de distancia del piano. Movía extrañamente los brazos, y hacía raros visajes con el rostro. Sus pies cuando no estaban sobre los pedales, se movían constantemente. Tom respondió a algunas bromas gruesas de su amo con unas sonoras carcajadas, que coreó con gusto una gran parte del público. Nada hasta aquel momento indicaba que aquel ser tuviera un cerebro equilibrado, sino que, por el contrario, se trataba de un tipo subnormal. Entonces, el Coronel ordenó con voz de trueno: «A ver muchacho, ahora tócanos algo de Beethoven». Y Tom el ciego se transfiguró. Echó noblemente su cabeza hacia atrás, y pudimos oír sorprendidos la Sonata Claro de Luna, ejecutada de manera magistral. Luego, como un exponente de su capacidad, llenaron la sala, las más bellas y difíciles obras de Weber, Chopin, Haydn y otros autores. Cuando Tom terminaba cada obra, se aplaudía rabiosamente a sí mismo, a la par que lo hacía el público entusiasmado, y solamente cesaba cuando su amo le daba unas palmaditas en el hombro como señal de aprobación y de que debía continuar actuando. Hubo un momento en que yo sorprendí lágrimas en los ojos sin luz del esclavo, no sé si por la emoción del triunfo o por alguna otra causa», dice el periodista sin querer profundizar más.

Este mismo crítico de Baltimore nos dice también de cómo una noche, después de haber actuado Tom el ciego, se destacó de entre el público, de improviso, un conocido compositor, residente en aquella ciudad, se sentó al piano tocando una obra de catorce páginas, y pidió que Tom que ya estaba cansado le hiciera el acompañamiento. Así lo hizo. Y pasando después a la derecha, ejecutó toda la parte superior con mucha mayor brillantez que su autor, como la cosa más natural.

El hambre de dinero del Coronel Bethune hacía que forzara sin cesar al pobre ciego, día por día, y año sobre año, haciéndole trabajar constantemente hasta el agotamiento. Y entonces sus bellas improvisaciones fueron cada vez más espaciadas, hasta que ya no pudo improvisar más. El genio se extinguía por exceso de trabajo.

Un observador nos cuenta, en una dramática narración, que el momento más doloroso de Tom el ciego en sus actuaciones era aquel en que se concentraba en sí mismo como si un alma angustiada se apoderara de él conturbando su faz, y comenzando una improvisación, dejaba correr sus dedos negros sobre el teclado, como un suspiro que se rompe, como si el alma atormentada de su raza diera al espacio todos sus sufrimientos al verse despreciada, perseguida, y hasta lo infinito explotada.

En 1860, Tom el ciego tocó en la Casa Blanca de Washington, para el Presidente de la República, que entonces lo era James Buchanan, asistiendo a la *recita* numerosos altos personajes del gobierno. Se dice que quienes lo oyeron en la Casa Blanca quedaron admirados de sus condiciones. Pero nada hicieron para favorecerlo en el orden personal.

En 1863, el periódico *Littell's Living Age*, se refiere al gran talento creador de Tom el ciego, y fué el único periódico que tomando en serio sus facultades emprendió su defensa y protestó de que este ser humano fuera sacrificado a la avidez de dinero de su amo. Pero esta protesta no se tomó en consideración y se perdió en el vacío.

El *Littell's Living Age*, informa cómo el muchacho negro y ciego improvisó, cómo tocó a cuatro manos improvisando también las segundas, y con qué fidelidad repetía las obras que acababa de oír, concluyendo con estas palabras enaltecedoras: «No conocemos otro caso igual en la historia de la música».

La guerra civil de secesión no trajo tampoco reposo alguno a Tom el ciego. Al contrario: por esta causa su amo lo hacía trabajar todavía más. Ligado el Coronel Bethune a la política reaccionaria del Sur, que sostenía la tendencia esclavista con las armas en las manos, todo el dinero que producía Tom el ciego, que era más que nunca, se dedicaba por su amo al tesoro de los Confederados. Así, el racismo esclavista, nos presenta materializado algo que a simple vista podría parecer una paradoja: que un esclavo negro trabaje y produzca dinero para sostener a su propia raza esclava, y además que produzca recursos para mantener la guerra contra quienes tratan de libertarla. ¡Estas son algunas de las cosas que realiza el racismo con sus procedimientos inhumanos...!

Y aún cuando después el Norte triunfó, y los esclavos se libertaron, Tom el ciego siguió siendo esclavo, mejor dicho, un hombre libre prácticamente esclavo.

Tom el ciego tenía entonces diez y seis años de edad. Y el Coronel, a pesar de que el muchacho ya era libre por haber el Sur perdido la guerra, convenció fácilmente a la madre de Tom, que ya era muy viejita, para que lo dejara bajo su tutela y custodia, convirtiéndose en el guardián de aquel «pobre ciego idiota», según

él decía. Y la madre, ignorante y sugestionada, se lo cedió legalmente a perpetuidad, agradeciéndole encima que le hiciera un favor tan señalado.

Al Coronel Bethune le hicieron entonces proposiciones para que llevara su fenómeno a Europa, pero no las aceptó; aceptando en cambio otras que le hacían para los estados del Norte de los propios Estados Unidos.

Su tournée por los estados del Norte, fué sensacional. En Filadelfia, según un documento firmado por diez y seis connotados musicógrafos, se decía: «Tanto en sus improvisaciones, como en la interpretación de las obras que ejecuta, y en cualquier forma que se le examine, el ciego Tom demuestra ser la más fenomenal capacidad musical de la historia».

En 1866, por fin se decidió el Coronel Bethune a realizar el viaje a Europa llevando a Tom el ciego. Este viaje fué un triunfo gigantesco. Solamente sus conciertos de Londres le produjeron al Coronel una cantidad que entonces significaba tanto como ahora un millón de dólares.

Ignatz Moscheles, famoso pianista, compositor, maestro de Mendelssohn, exclamó entusiasmado: «Le he escuchado y nunca oí nada tan maravilloso».

Pasado algún tiempo de este viaje a Europa, el Coronel Bethune murió. Pero su muerte tampoco liberó a Tom el ciego. Un hijo del Coronel ocupó su lugar, y la mina de oro humana siguió en la familia. Y cuando este hijo murió su viuda lo sustituyó, beneficiándose también de la mina de oro humana, por derecho de sucesión.

Después, poco a poco, se dejó de hablar de Tom el ciego. En 1890 se reportó su muerte. Su madre murió en una miserable covacha, en plena indigencia, en Alabama, el año 1903, habiendo llegado a una senectud avanzadísima. Pero el reporte de la muerte de Tom el ciego fué falso. Precisamente en el propio año 1903 en que murió su madre, un actor de Nueva York que pasaba por una hacienda cerca de Hoboken, New Jersey, reconoció al casi olvidado ciego Tom, hablando con otro negro en la acera. Y dicho actor le dió cuenta de su hallazgo al manager de conciertos Percy G. Williams, que años antes había tenido negocios con el Coronel Bethune.

El manager Williams inmediatamente se apareció en la hacienda de Hoboken donde estaba Tom el ciego. Ya varios días después anunció que había contratado al ciego Tom por intermedio de la viuda del hijo del Coronel Bethune, nombrada Mrs. A. J. Lerche, que se había vuelto a casar hacía poco. Los años de 1904 y 1905 fueron de abundante dinero para el manager y la guardiana de Tom.

Luego, nada más se oyó hablar de Tom el ciego, hasta que en 1908 los periódicos informaron sobre su muerte. Y esta vez la noticia era cierta.